

desequilibrios, incoherencias, rupturas, y anomalías de sentido (las redundancias, en redes asociativo-paradigmáticas: «agua»: «lavados» —con implicaciones oximorónicas y contrastivas (*lo blando/lo duro* —«agua»/«revólveres»; gracia *metálica* / del «agua»—; *lo artificial/lo natural* —«construidas yerbas»); las antítesis en construcciones sinestésicas que se apoyan en bisemias y metáforas lumínico-cromáticas («tarde nocturna de Aragón»); las ironizaciones contra una sociedad preindustrial y sus formas de petrificación («legumbres *ardientes*» — «las plantas *industriales*» — «la rama serena de la *química*» — «la rama de *explosivos* en un pelo» — «la rama de *automóviles* en frecuencia y adioses»), etc., eran una sub o sobrerrealidad lastrada por los estigmas de lo auténtico/lo inauténtico: Lo artificioso, lo estéril, lo inorgánico, etc., serían formas de una vaciedad que enmascara su poder de destrucción (el eufemismo económico como eufemismo político) o contaminan los aspectos más nobles de la vida (uno de los cuales es la muerte). Los elementos genesíacos (agua, sangre, fuego) pierden su magia originaria para transformarse en agentes de la mixtificación. Los paralelismos correlativos en antítesis («así el *agua*, al contrario de la *sangre*, es de *agua* /, así el *fuego*, al revés de la ceniza, alisa sus rumiantes ateridos») ponen de manifiesto los desquiciamientos de un mundo regentado por Thánatos. La inversión se hace disyunción ontológica entre “Ser”/“Parecer” que invalida la sentimentalidad de la interrogación (no retórica) por desplazamiento de la esfera humana (implícita en la pregunta: «¿Quién va, bajo la nieve?») a la esfera de la abstracción, hipostasiada en su anhelo de ejemplaridad («va la vida coleando, con su segunda soga»). El triple aditamento adverbial («precisamente») delimita un ámbito que abarca lo definitorio-conceptual (regido por el verbo “Ser”: «*es* la gracia (...)» — «*es* la rama (...)») y lo descriptivo (regido por el verbo dinámico por antonomasia “Ir”: «*va* la vida coleando»). Consolidado el hiato entre apariencia y realidad, lo superlativo («¡Y horrisona es la guerra»), lo cacofónico (el tartamudeo fónico-silábico como signo exponencial del absurdo), lo aleatorio, lo sinsemántico («*da* tumba la guerra, *da* caer, / *da dar* un salto extraño de antropoide!») y las correspondencias entre el emblematismo antropo/zoosémico («salto extraño de *antropoide*» / «*Tú lo hueles*»), no constituyen vivencias irreconciliables sino el precipitado de una instantánea donde lo macabro traspassa la cotidianeidad para arruinarla. El hombre-alimaña (la depredación como sambenito penitencial) y el hombre-chivo-emisario representan las dos facetas de una humanidad dividida no sólo a nivel ideológico sino incluso a nivel existencial. La visión no es la de las truculencias románticoides (en las que el sujeto identifica lo racional con lo real y lo real con lo racional) sino la profética, que caracteriza a las contrautopías modernas (donde el Yo = el Otro, en la línea de los Novalis, Rimbaud, Hölderlin o Baudelaire). La escisión entre consciente/inconsciente, vigilia/sueño, lo alucinatorio-visionario/lo real, etc., se transparenta ahora a través de distintas polarizaciones. Los sentidos (olfato, vista, oído) han dejado de ser auxiliares de la memoria o de la visión objetiva para degradarse en esclusas de lo fantasmagórico y de la experimentación del límite. He aquí los versos clave en tal sentido: «*Tú lo hueles*, compañero, perfectamente, / al pisar/ por distracción tu brazo entre cadáveres; / tú lo *ves* pues tocaste tus testículos, poniéndote rojísimo; / tú lo *oyes* en tu boca de soldado natural». Una vez más se produce la quiebra entre el órgano y su función, síntoma de la suprema deshumanización («brazo» —> «testículo» —> «boca», donde «boca» pierde su uso natural para apropiarse de la función del oído: «tú lo *oyes* en tu *boca* de soldado natural»). La desar-

ticulación del mecano conlleva, simultáneamente, otras dos operaciones: La objetivación de lo fantasmagórico, sustancia de la alucinación («nos espera tu *sombra* apercebida, / nos espera tu *sombra* acuartelada») y la identificación ideológica con la heráldica del descuartizamiento («Por eso, al referirme a esta agonía, / aléjome de mí gritando fuerte: / ¡Abajo mi cadáver! ...Y sollozo»): La voz del poeta y el martirologio del miliciano (sin señas de identidad, como siempre) se aúnan en la protesta por un orden injusto.

## 2.6. *La visión antonomásica y la alegoría del código moral*

La estructura oximorónica del poema XIV «Cuídate, España, de tu propia España»<sup>38</sup> conjuga la bisemia, el retruécano y la dilogía para trazar distintas formulaciones canónicas de tipo adventicio: El raptó apostrofático adquiere el tono tribunicio por su emotividad directa. El contenido fático-conativo se centra en la preservación de un credo ontológicamente dual basado, de nuevo, en el motivo de la “Autenticidad”/ “Inautenticidad”. Los quince imperativos («¡Cuídate!») inauguran los eslabones versales para semantizar (hasta la oclusión de toda posible equivocidad) una retórica *ab ovo* que se sirve de la jerarquización de los símbolos (tanto textuales como implícitos: El arte de la elipsis demanda de la presuposición ser sujeto de una oración infinita políticamente coherente con el voluntarismo historicista de Vallejo). La transparencia del discurso revolucionario sincopa el futuro sobre un presente delineado sobre pautas radicalmente escépticas. El poema vendría a ser, gracias a las perífrasis, una requisitoria moral de trasfondo político contra la mixtificación, la idolatría (en sentido baconiano), el papatismo y la esclerotización fetichista de la ortodoxia revolucionaria. La ideologización recurre a los juegos semánticos a fin de trascender poéticamente el peligro de la verborrea (y logorrea) maniquea. La invocación a una realidad mitologizada (España) obedece a las pautas de la poesía civil. La España apostrofada machaconamente se transfigura en una entidad humanizada en términos más políticos que sentimentales: Vallejo opta por una dialéctica de opuestos (de logotipos simbólicos) para enfatizar (con la jerga del utopismo visionario) una posibilidad de holocausto. Los elementos que entran en colisión (España/España; hoz/martillo; víctima/verdugo; antes/después; calavera/tibia...) son la consecuencia de la amalgama de distintos estratos de cultura: el tópico de las dos Españas («¡Cuídate, España, de tu propia España!»); los emblemas de la izquierda comunista a la que se advierte del peligro de fascistización («¡Cuídate de la hoz sin el martillo, / cuídate del martillo sin la hoz!»); los lemas morales de carácter abstracto pero que adquieren adyacencias trágicas por la circunstancia histórica evocada («¡Cuídate de la *víctima* a pesar suyo, / del *verdugo* a pesar suyo / y del *indiferente* a pesar suyo»); los clichés legendarios de la historiografía bíblica («¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo, / negárate tres veces, / y del que te negó, después, tres veces!»); los calambures quevedescos, de escasísima originalidad («¡Cuídate de las *calaveras sin las tibias*, / y de las *tibias sin las calaveras!*»), etc. La disposición alternante de

<sup>38</sup> A. Coyné (1968), pp. 306-307, dice que la historia misma «no llegue a disfrazar una complejidad mayor, lo expresa no sólo el “adiós a los tristes obispos bolcheviques”, sino todo el poema *Cuídate, España, de tu propia España*» (p. 306).